



CORDOBA
MILITE DOMUS IN
CLITA COME QUE
SOPHIA



NEC
DECUS AU FERRE
CESSANT CORDOBA
TERRA

BOLETIN
DE LA
REAL SOCIEDAD
ECONOMICA CORDOBE
SA DE AMIGOS DEL PAIS

Córdoba. — Octubre 1922

II Epoca. — Año II.

Núm. 20



F. de M. Marquez

CASA FUNDADA EN 1843

RODRIGUEZ HERMANOS

ALMACENISTAS, COSECHEROS

— Y —

EXPORTADORES de ACEITES de OLIVA

==== *Aceitunas y Garbanzos* ====

Oficinas y Almacenes: Avenida de Canalejas, 24 y 26

CORDOBA

BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO

Sociedad Anónima

CAPITAL: 50 MILLONES DE PTAS.

DOMICILIO SOCIAL: PASEO DE RECOLETOS, NUM. 17.—MADRID

SUCURSAL: RUE DE LA VICTOIRE, NUM. 69.—PARIS

Agencias en Almería, Algeciras, Córdoba, Guadix, Granada, Jaén, Jerez de la Frontera, La Carolina, La Línea, Linares, Málaga, Manzanares, Ronda, Sevilla y Valdepeñas.

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: **BANESTO**

Agencia de Córdoba: Calle Duque de Hornachuelos



BOLETIN

DE LA

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA CORDOBESA DE AMIGOS DEL PAIS

Año II-N.º 20

Córdoba, Octubre de 1922

Segunda época

La Real Sociedad Económica de Amigos del País

Celebra este año en Córdoba "La Fiesta de la Raza,"

Como recordarán quienes nos dispensan el honor de leernos, en el número 15 de este BOLETÍN, correspondiente al pasado mes de Mayo, quedó planeada la celebración de la fiesta del *Doce de Octubre*, día señalado para conmemorar la fraternidad de los pueblos ibero-americanos.

Se dijo en aquellas páginas nuestras, bautizadas con el epígrafe «Del ideario de un Cordobés», que este año en la «Fiesta de la Raza» la Sociedad de Amigos del País, propicia en todo caso a cuanto signifique instruir y educar, regalaría una lápida a la Escuela Normal de Maestros, donde patrióticamente se dejaría perpetuada la memoria del cordobés Juan Torres, soldado viejo acompañante de Hernán-Cortés en la Conquista de Nueva España, donde quedó como maestro.

El propósito — como tantos otros que en bien de Córdoba concibe la Real Sociedad Económica — ha tenido en la mañana del jueves 12 del mes que corre, una cumplida realización.

En el Salón de Actos de la Escuela Normal de Maestros consumó su empeño la Económica Cordobesa, dedicando a Juan de Torres el solemne homenaje de reparación debida, y procediendo a la distribución de premios a los niños y niñas de las escuelas públicas y de Patronato, que triunfaron en el III Concurso de los organizados por esta entidad.

Habíase exornado la estancia con exquisito gusto. Figuras artísticas y plantas de varias clases completaban la decoración. Al fondo del estrado tapizado de rojo, lucía bajo docel el retrato del Soberano, cruzado por la bandera española, propia de los alumnos normalistas.

En una de las paredes laterales y entre los vanos de dos ventanas que dan al jardín de la Escuela, estaba colocada la lápida, cubierta hasta el momento oportuno por una cortina carmesí, que representaba el pendón de los Reyes Católicos.

A las once y media de la mañana y cuando el salón se hallaba totalmente ocupado, tomaron asiento en la presidencia los señores siguientes: Ilmo. Sr. D. Manuel Enríquez Barrios, Director general de Primera Enseñanza; Ilmo. Sr. D. Luís Grande Baudesson, Gobernador civil; Ilmo. Sr. D. Rafael Pérez Herrera, Gobernador militar de la plaza; Muy ilustre Sr. D. Rafael García Gómez, Canónigo Doctoral Provisor del Obispado, en representación del Excelentísimo Sr. Obispo de la Diócesis; Alcalde de la ciudad, D. Sebastián Barrios Rejano; Presidente y Fiscal de la Audiencia, señores Villalba Martos y Moreno Fernández de Rodas; Vicepresidente de la Comisión provincial, Sr. Murillo Torrico; Juez de Instrucción, Sr. Eguilaz; Delegado Regio de Primera Enseñanza, Sr. del Río; Inspectores de Primera Enseñanza, Sr. Priego López, Sra. Hernández San Juan, Sres. Amo y Gil Muñiz; Comandante de Estado Mayor, Sr. Martín Prat; Ayudante de Campo del General Gobernador, Sr. León y Primo de Rivera; Jefes del ejército, Sres. Soriano y Canellas; Diputados provinciales, Sres. Castejón y Vaquero; Catedráticos: del Instituto, Sr. Vázquez Aroca; del Seminario, señores Yévenes y Gálvez Villatoro; de la Escuela de Veterinaria, Director Sr. Bellido y Catedrático Sr. Martín Merlo; Director de la de Artes Industriales, Sr. García Guije; Profesoras de la Normal de Maestras, Sra. Rodríguez de Carreras y Srta. Fernández Ortega; de la Escuela de Peritos, el Director Sr. Aguayo Bernuy; de la Normal de Maestros, el claustro en pleno, presidido por D. Antonio Ruiz Martín, Director accidental; los Directores de graduadas, Sra. del Riego de Font y Sr. Eras Velasco; Jeje de Sección Administrativa, Sr. Narbona; Director de las Escuelas Salesianas; Presidente de la Comisión municipal de Instrucción pública, Sr. Cuadro, y Director y Secretario de la Económica, Sres. D. Patricio López y González de Canales y D. José Pérez Guerrero.

El Sr. Director general de Primera Enseñanza abrió el acto y concedió la palabra al Director de la Económica.

Habla el Sr. López y González de Canales

Comienza el Director de la Real Sociedad, su interesante discurso, diciendo:

«Sabía yo que todo honor, si ha de merecer tal nombre, lleva aparejados deberes de cumplimiento inexorable.

Confieso que cuando por la bondad de unos amigos se me confirió el cargo de presidente de la Sociedad Económica Cordobesa de Amigos del País, no pude sospechar que me pusieran en el trance de dirigir la palabra en un acto como éste, tan grande por lo que representa.

Es de tal magnitud este día, que el espíritu no acierta a concretar las palabras para bosquejar un hecho histórico tan sublime. Os dirijo, pues, mi voz, en cumplimiento exacto del deber.»

Saluda después el orador a las autoridades que asisten y abri llantan el acto con su presencia. Expresa su gratitud al Claustro de la Normal de Maestros, por las facilidades que dió para la realización de la fiesta.

En párrafos inspiradísimos rinde acatamiento a las señoras y señoritas que llenan el salón, expresándose en estos términos:

«Habeis venido a dar realce a esta fiesta con el hechizo de vuestras gracias y a dar una prueba de vuestro abnegado patriotismo. A la vez demostrais vuestro deseo de tomar parte en la vida colectiva que ha de transcender en la vida pública.

Vosotras, mujeres de Córdoba, sois dignas sucesoras de aquellas mujeres inmortales que se llamaron Isabel la Católica y Teresa de Jesús.»

Prosigue el Sr. López y González de Canales expresando el deseo de la Económica, de patrocinar en años sucesivos la fiesta de la Raza, fiesta nueva que aún no se ha hecho popular, deseando que en lo venidero, tal fiesta trascienda al pueblo.

Dijo que por esta vez, la Económica, por carecer de medios suficientes para celebrarla con el esplendor que merecía, había limitado su acción a respetar la tradición y premiar la labor de los niños que han de ser los hombres de mañana.

«Respetamos la tradición, perpetuando en una lápida el nombre del cordobés Juan de Torres, que fué el primer maestro español que llevó a los indios las armonías insuperables de nuestro idioma y las sublimes enseñanzas de nuestra religión, y premiamos a los niños que resultaron triunfantes en el Certamen escolar que hace unos meses organizó esta Real Sociedad, valiéndose de unos programas maravillosamente ideados por el ilustre Inspector señor Priego.»

Habla después el señor López y González de Canales, de cómo el descubrimiento de América merece ser festejado por el universo entero y en especial por la raza hispana, recabando para los andaluces, dentro de ella, un puesto de honor, ya que estos tuvieron más participación que nadie en el acontecimiento histórico que se celebra.

En periodos brillantes relata la estancia de Colón en Andalucía, su llegada y estancia en Córdoba, para venir en conclusión de que la mujer española fué el factor más importante en la epopeya del descubrimiento de Indias.

«Cristóbal Colón—dijo el orador—en su peregrinear por las ciudades andaluzas, llegó a Córdoba con el espíritu lleno de azares e incertidumbres.

Vagando por las calles cordobesas vió Colón, tras una reja florida, los ojos misteriosos de una mujer, y desde entonces, el corazón del navegante se vió preso entre las dulces redes de aquel hechizo de amor.

Colón dejóse arrastrar por la ceguera de su pasión. Aquellos ojos, aquel amor que le inspiró doña Beatriz Enriquez de Arana, fué el que evitó que el gran navegante fuese arrebatado por la desesperación y hubiese desistido de su genial empresa.

Las dos mujeres españolas, doña Beatriz Enriquez y doña Isabel de Castilla, fueron las que, una con su amor y otra su admiración, consiguieron que España descubriera un mundo.»

Con envidiable elocuencia, recorre nuestra historia nacional y local, haciendo gala de sus profundos conocimientos y entusiasmando al selecto auditorio, que a cada instante interrumpe con sus aplausos al notabilísimo orador.

Puso fin el señor Director de la Económica a su disertación brillantísima, haciendo un fervoroso llamamiento a todos y singularmente a los maestros y maestras, para que en años venideros se celebre con extraordinario esplendor, la fiesta de la Raza en Córdoba, en esta Córdoba—dice—que aunque lentamente, parece despertar a la luz de su redención.

Sus últimas palabras fueron para recomendar a los que enseñan, que inculquen a sus discípulos el amor a la Patria y a las Letras.

El discurso del elocuente director de nuestra Sociedad fué una pieza oratoria digna de toda alabanza, que encendió el entusiasmo en todos sus oyentes y dejó honda huella en el ánimo de cuantas personas lo escucharon.

Se descubre la lápida dedicada
:-: á Juan de Torres :-:

Acto continuo el señor Director general de Primera Enseñanza, seguido dei Director y Secretario de la Económica, abandona el estrado y se dirige al lugar donde está colocada la lápida de azulejos, descorriendo la cortina que hasta aquel momento la cubría.

El señor Director general se detiene ante ella unos momentos para admirarla y leer su texto, «Al Cordobés—Juan de Torres,— Primer maestro de España en Nueva España.—1519», inscripción encerrada en una cenefa que recuerda las cardinas de la Custodia de Arfe de nuestra Catedral, obra artística de la misma época que se conmemora. Ostenta en la parte superior el escudo imperial de España, a los costados los escudos de Córdoba y Méjico.



Vuelve a su sitial el señor Director general y concede la palabra a la señorita Josefa Grosso, profesora excedente de la Normal de Maestras y Directora del Internado Teresiano.

La señorita Grosso, con voz melodiosa y verdadera unción, lee a maravilla el siguiente trabajo:

**EL PRIMER MAESTRO DE MÉJICO,
cuartillas originales del «poeta de
Córdoba» M. R. Blanco Belmonte**

«Si en disciplina y en respeto hubiesen tenido lo que en bravura les sobraba, nunca se vieran soldados parejos a los que el Viernes Santo del año 1519 desembarcaron en San Juan de Ulua a las órdenes del Capitán General de la Armada D. Hernán Cortés.

Animosos en el peligro, duros en el combate, recios de cuerpo y aguijados por ambición de gloria y por sed de riqueza, los quinientos ocho soldados y los ciento nueve marineros que seguían al caudillo, eran, más que hombres, ejecutoria de un valor indomable que había trocado sus fieros rostros y sus membrudos cuerpos en escudos acuartelados por tajos, cuchilladas y balazos.

Todos, incluso el Rdo. Fray Bartolomé de Olmedo, que vestía el blanco sayal de la Orden de Nuestra Sra. de la Merced, habían contemplado más de una y más de tres veces la muerte cara a cara; todos, desde el hazañoso capitán Pedro de Alvarado, que formaba en la hueste asistido por sus cuatro hermanos—Gonzalo, Jorge, Gómez y Juan—hasta el maestro piloto Antón de Alaminos, eran veteranos curtidos en campañas rudas, guerreadores infatigables, dispuestos a comprar fama pagándola con la vida y a escribir con sangre, propia o ajena, unas líneas en la Historia.

Las sierras andaluzas y extremeñas, las llanadas de Castilla y los riscos de Vizcaya, fueron campo estrecho para encerrar los acalenturamientos de una raza acostumbrada a vivir en constante lucha. Y de aquellas serranías, de aquellas planicies austeras, de aquellas montañas ásperas, volaron los audaces, los espíritus aventureros, los que tenían corazón de espada toledana, los que a su nombre unían apellidos que han pasado con honra a la posteridad; Diego de Ordaz y Francisco de Morla, Bernal Díaz del Castillo y Juan de Escalante, Dávila y Hernández Portocarrero, Soto y Montejo, Sedeño y otros más, todos calificados por sus arrestos varoniles.

Al reclutar hombres para su hueste, Cortés quiso—como Diego de Velázquez soñó al proveer en Hernán Cortés la Capitanía general de la Armada—gente de mucho corazón y de poco espíritu, gente resuelta, pero tan apagada que no supiese dar celos ni tener otra ambición que la de la gloria ajena.

Y de igual modo que el Gobernador de la Isla de Cuba al nombrar al jefe de la Armada, se equivocó Cortés al creer posible encontrar arrojo sin estímulo, fiebre de heroísmo sin ambición per-

sonal y arranques de sacrificio sin esperanza de galardón y de recompensa.

Allá, en la lejana tierra de Tabasco, hundidos en los pantanos, acampados entre malezas, los soldados soñaban con ganar las insignias de capitanes, los capitanes veíanse convertidos en Adelantados Mayores, y acaso, el caudillo supremo adornábase imaginativamente con una corona imperial. Y de modo más o menos elocuente, las aspiraciones y los ensueños asomaban a los labios como flores del rosal perenne de la ilusión.

Por excepción, entre aquella tropa aguerrida y temeraria, había un soldado que pasaba por cobarde; era un hombre encanecido, taciturno, de mirada miedosa y de timidez infantil; llamábase Juan de Torres, y nadie logró averiguar a punto cierto si se alistó en Cuba o en la Trinidad, o si embarcó en la Habana a la vez que Montejo y Olid.

Juan de Torres sabía mucho y hablaba muy poco.

En la Habana se le vió, con habilidad de alfayate perito en el oficio, dirigir la fabricación de escaupiles o casacones acolchados para resguardo de los pechos contra las flechas de los indios; en las costas de Cozumel, cuando una nave se hallaba en trance de zozobrar, Torres empuñó el timón y sustituyó con ventaja al conturbado piloto, y en todo lance apurado, en los instantes críticos, aparecía la silueta del silencioso soldado, siempre modesto, siempre pronto a servir en los más diversos oficios, con inteligencia y celo únicamente comparables a su apocamiento y a su pusilanimidad.

Poco tiempo antes, en el mes de Marzo, cuando en los territorios que riega el Grijalva trabóse sangrienta lucha entre los seiscientos hombres de España contra cuarenta mil indios, hubo un punto en el cual aflojó la pelea, desmayaron los ánimos y flaquearon las fuerzas de los conquistadores.

Pálido, tembloroso, Juan de Torres se apoderó del estandarte del Jefe —de aquel estandarte que decía en bordadas letras: «Sigamos la Cruz, que con esta señal venceremos»—y metiéndose entre los enemigos decidió la batalla.

Aquella noche, la tropa de Cortés durmió en Tabasco, abandonada por sus vencidos defensores, y Juan de Torres, mientras se dejaba curar la herida de un golpe de maza que le destrozó parte del brazo izquierdo, murmuró:

—¡Lo mismo que hace diez y seis años en Ceriñola!

—¿En Ceriñola estuviste?—le preguntó Francisco de Orozco, jefe de la artillería.

—Allí estuve sirviendo al mejor capitán del mundo!—contestó el herido.

* * *

Para descansar de la pesada faena de la fundación de Villa-Rica de la Vera-Cruz, solía la tropa pasear en grupos, ya buscando maiz y gallinas para sustentarse, ya simplemente dedicándose a charlar y a discurrir acerca de las probabilidades de salvar las setentas leguas que distaba la capital del Imperio de Motezuma; imperio fabuloso, comparado con la exigüidad, de lo que hasta entonces poseía España en el Nuevo Mundo. En aquella fecha, todo lo conquistado reducíase a las cuatro islas de Santo Domingo, Cuba, San Juan de Puerto Rico y Jamaica, más una pequeña parte de Tierra Firme, que se había poblado a la entrada del Golfo de Uraba. Y en aquella fecha el Imperio de Méjico se hallaba en su mayor aumento, midiendo más de quinientas leguas de Oriente a Poniente y más de doscientas de Norte a Sur.

Grandes dudas asaltaban a Cortés antes de adoptar resolución definitiva. Mucha era la gloria por ganar, pero el triunfo aparecía casi imposible. No cabe esperanza cuando en la lid hay mil frente a uno.

Y una tarde, cuando Hernán vacilaba sin osar aún desacatar la voluntad del Motezuma—que le prohibía avanzar y le ordenaba retroceder—topóse con Juan de Torres, que, en unión de Jerónimo de Aguilar, conversaba con varios cempoaleses.

—Aprendiste la lengua de estos indios?—preguntó el Capitán general al soldado.

—La aprendió, señor,—respondió Jerónimo, mientras Torres se limitaba a inclinar la cabeza con asentimiento respetuoso.—y además ha aprendido, oyéndome, el habla de los indios del Yucatán; aun cuando, en verdad sea dicho, se asusta y se acongoja al escucharme relatar el cautiverio en que me tuvieron los caribes y el riesgo que corrí de ser devorado por aquellos salvajes, a no haberlo remediado el auxilio que me enviasteis con la ayuda de Dios.

—Bien—repuso Cortés—ya se que Torres pasa entre vosotros por hombre de buen consejo, pero de escaso brío. A su consejo acudo. ¿Qué harías en el caso presente, amigo Juan? ¿Acatarías la voluntad del Emperador de Mejico o avanzarías a toda costa?

Confuso, desconcertado, Juan de Torres balbuceó:

—Señor, en triste jornada, vencido en Sierra Bermeja por el Ferí de Benastapar, cayó mi jefe rugiendo: «Las águilas de Aguilar mueren, pero no se rinden...»

—¿Peleaste al lado del heróico D. Alonso?—observó Hernán Cortés.

—Herido caí junto al cadáver de mi señor. Las águilas de la Casa de Aguilar no retrocedieron. ¿Retrocederán los leones de España?

—¡Nunca!—exclamó el caudillo — estrechando la mano de Torres.

* * *

Una semana más tarde terminaba el ejército los preparativos para ponerse en marcha.

Días antes, Cortés suspendió violentamente los sacrificios humanos que iban a efectuarse en Cempoala, rompió los ídolos, purificó el templo, mandó erigir un altar y colocó en él una imagen de Nuestra Señora.

En aquel templo adornado con luces y con silvestres florecillas celebróse el Santo Sacrificio de la Misa, y allí recibió la hueste la bendición dada por el P. Olmedo.

Al disponerse a partir de Cempoala, después de haber hundido las naves, cortando así de raíz toda veleidad de retirada, Hernán se lamentaba de ausentarse, acaso para siempre, dejando a los cempoaleses sin instruir en los fundamentos de la Religión y en el idioma de Castilla.

—¡Compañeros!—dijo afianzándose en su caballo.—Valientes sois todos, pero necesito ahora mucho más que valentía; ahora hacen falta el heroísmo sin gloria, la abnegación sin premio. Para sembrar la santa semilla del Evangelio entre estos indios mal reducidos, para adoctrinarlos, para velar por el culto de Nuestra Señora, para mantener y propagar el idioma español, quisiera yo encontrar un hombre, el más valiente de mis valientes, que se prestara a renunciar a toda ambición de provecho y fama guerrera, a vivir y a morir lejos de España y lejos de su hogar y de sus hermanos, solo, sin más alientos que los de su fé, sin más compañía que la de estos indios.

Al hablar así, el caudillo miraba a sus soldados y veía inclinarse las cabezas excusando la respuesta.

¡Era excesivo aquel sacrificio obscuro! Callaban Sandoval y Rangel, Velázquez de León y Escudero, Saucedo y Lugo, Moral y Alvarez Chico, callaban todos, hasta el capellán licenciado Juan Díaz.

—Ese hombre—concluyó Cortés—sería misionero, y maestro guardador de la Doctrina Católica, apóstol del idioma en que aprendimos a rezar. ¿Hay entre nosotros quien se atreva a realizar esta hazaña?

—¡Yo!—exclamó saliendo de las filas Juan de Torres.

Un soplo de emoción pasó por las almas de aquellos hombres intrépidos.

—¿Que recompensa pides?—preguntó el Capitán General abrazando al voluntario.

—Ninguna—contestó el veterano. Pero si mi nombre vence al olvido, quisiera que al recordarme, se dijese que Juan de Torres quedó aquí por honrar a Dios, a España y a la Ciudad de Córdoba, donde nació.

—Y así se dirá—afirmó Hernán Cortés.

Redoblaron los tambores; los soldados desfilaron en columna de honor ante el abnegado compañero que allí enterraba su existencia.

Y cuando el estandarte del ejército perdióse de vista en las quebraduras del camino que había de conducirlo a Tlascala, a Cholula, a Méjico ¡a la inmortalidad! una lágrima rodó por las atezadas mejillas del cordobés Juan de Torres, y aquella lágrima fué el postrer adiós dado a la Patria por el primer custodio de un templo católico en Nueva España, por el primer maestro que España llevó a Méjico.»

Una estruendosa salva de aplausos premia la labor de Blanco Belmonte y la de la correctísima lectora, que desciende del estrado acompañada del Director y Secretario de la Económica.

El Himno Escolar a Córdoba

Seguidamente una masa coral, instruida al efecto por el Profesor de música de la Normal, D. Carlos López de Rosas, y formada por niños alumnos de la Escuela graduada, interpretó de manera admirable el «Himno Escolar a Córdoba» compuesto recientemente por el maestro D. Arcadio Herrera Muñoz, con música de don Adolfo Pérez Cantero.

El himno fué acompañado por la orquesta que dirige D. Aurelio Pérez Cantero, y en la que generosamente tomaron parte los señores Guerrero, Alcorta, Aljama, Gómez, Aguilar, Baglietto, García y López Aguilar.

A todos ellos, así como al Director, al autor de la música del Himno y al Profesor Música de la Normal, ha quedado reconocidísima la Sociedad Económica por la desinteresada cooperación prestada al mayor esplendor del acto.

**Lectura por la señorita
Josefa Moyano Navarro**

En nombre de las alumnas de la Escuela Normal de Maestras, sube a la tribuna la Srta. Moyano, del brazo del Sr. Director de la Económica.

Con voz clara, y escuchada con interés por todos los asistentes, lee, la que hasta hace poco fué estudiosa Normalista, hoy maestra nacional, el trabajo siguiente:

«El respeto, cariño y consideración que debo a mis profesoras, son motivo de que hoy, a pesar mío, me vea ante vosotros, mis compañeras y compañeros, para dar lectura a estas cuartillas, que sólo tienen el mérito de la obediencia, junto con un gran entusiasmo de poder contribuir, aun en tan mínima parte, a esta fiesta de verdadero sentir patrio, en que los hijos de España dedican un recuerdo a sus hermanos del otro continente, y en la cual nos damos un abrazo fraterno que aviva el recuerdo y deja un sabor de estrecha unión entre ambos pueblos.

¿Y cómo? Haciendo un humilde recuerdo del cordobés Juan de Torres, ejemplo de gran vocación apostólica y sacerdotal, necesario a nosotros los maestros.

Sabidas y hasta casi olvidadas por todos, son la serie de heroici-
dades que hicieron nuestros mayores al emprender y realizar el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

Este suceso que convirtió a la Nación Española en el Imperio más grande del mundo, ensanchando los dominios de la ciencia, del comercio y no poco los de la lengua, fué como todo éxito y esplendor, acompañado de grandes trabajos y sacrificios, tal vez de los más ignorados.

Entre estos hijos de España, que dieron todas sus energías por infiltrar en aquellos indígenas nuestros altos ideales patrios, se encuentra el cordobés Juan de Torres, que deja allí inhiesta nuestra bandera con la propagación de la fe y de la lengua.

Cuando Hernán Cortés conquistaba Nueva España, al penetrar en Cempoala, llevado del espíritu patrio y de la viva fe que entonces ardía en todo español, capaz de rendir mil mundos, lo primero que hace es derrocar los ídolos, purificar los templos y erigir un altar a la Madre de Dios bajo cuyo amparo siempre vivimos.

Dado ya el primer paso de tener Iglesia donde cobijar a nuevos adictos, quedaba pensar en quien enseñaría a aquellas gentes la Santa religión católica por una parte, y por la otra la hermosa, fuerte y sonora lengua castellana que había de poner en comunicación los espíritus y dar solidaridad y unión a conquistadores y conquistados; ninguno de sus acompañantes quiso prestarse para ello y entonces este heróico cordobés se ofrece, y renunciando a la gloria visible, queda en Cempoala ejerciendo las dos misiones más ocultas, excelsas y abnegadas que el hombre puede desempeñar en la tierra, las de *misionero y maestro*.

¡Misionero y maestro! palabras sublimes que encierran toda idea de sacrificio y abnegación, cuyo ministerio es tan semejante que apenas pueden separarse; tan maestro es el sacerdote como celo apostólico ha de ejercer el maestro.

Si aquél es el que vela sobre la cuna de la infancia, el que enseña el ideal de la eternidad, el que bendice a la familia y dirige la moral de ella, los que guardan, en fin, el sagrado depósito de nuestras creencias, el Maestro por su parte vela también por la infancia, abre el depósito de sus inteligencias y dirigelas a buscar la verdad junto con el bien.

Pero ante esta abnegación y sacrificio no se le oculta a todo Maestro, que no siempre su trabajo ha de ser con fruto, sino que más de una vez, en la siembra de sus mejores ideas, la cosecha dará abrojos. Y hé aquí por qué necesitan virtudes tantas, los que sigan esta profesión; necesitan olvido de su propia persona y memoria solo para el deber que tienen que cumplir.

Pero no por las desilusiones que tenga, debe perder el maestro su entusiasmo; por el contrario, tiene grandes satisfacciones: una de las mayores, la del deber cumplido. ¿No han sentido alegría muchas veces, al ver que algún discípulo suyo ha llegado a la cumbre de la gloria, gloria que en parte es suya?

Por tanto, despréciense todos los trabajos y fijense solo en la excelsa misión que les está encomendada.

¿No nos dá ejemplo de todo esto Juan de Torres? Pobre soldado que abandonando su patria, su hogar, su familia, queda con los indios, solo, arrostrando todos los peligros, porque pensaba que aquellos hombres incultos eran sus hermanos, que debía abrir sus inteligencias a las luces de la Fe, enseñarles un idioma, el de su querida patria, porque así daba gloria a su Dios y a aquella amada Tierra por la que ofrecía gustoso sus gozos y sinsabores.

¡Qué acción más grande la realizada por el cordobés insigne, al que hoy se le hace este modesto pero hermoso homenaje; al que hace más de cuatro siglos fué el primer maestro de Nueva España, de aquel Continente en el cual extendióse el genio español y avivó con el calor de su propia vida las naciones aquellas, en las que se refleja la santa imagen de nuestra patria, como si viviesen bajo la sombra de la noble bandera de España!

¿Podrá encontrarse entre los presentes más de un Juan de Torres, capaz de sacrificarse si la patria lo exige, por la extensión de nuestra fe y nuestra lengua, las dos joyas más preciadas de nuestra Nación?»

Una prolongada ovación premió el trabajo de la bellísima señorita Moyano.

Habla el Director de este «Boletín»
D. José María Rey Díaz, en nombre
de los alumnos de la Escuela Normal

Maestros:

Cuando así os llamo, también a vos aludo, Ilmo. Sr. Director general, que con vuestros empeños en favor de la enseñanza os haceis digno de que os aclamemos por primer maestro de la nación.

Maestros:

No es el tan humilde como discutido Cronista de la Ciudad, quien se levanta para decirnos dos palabras, aunque el acto que se celebra bien puede considerarse cosa tocante a su oficio.

No vais a escuchar tampoco al último miembro del Cuerpo Consular de Córdoba, modesto representante en el'a, de la más hispanófila de las Repúblicas Americanas; de la nación que con tanta dignidad lleva, el nombre que para sí debió tomar todo el Nuevo Continente.

Os habla desde aquí, el último de los Normalistas, el que ha sido alumno de esta Escuela hasta hace menos de veinte días, honrándose muy mucho en haber venido a terminar en el pasado Septiembre sus estudios del Magisterio, en las aulas de esta vieja Casa, ¡histórica Casa cordobesa donde desde hace ochenta años se instruye a los que después han de instruir, más donde hace varios siglos que anida la virtud, la adnegación y el sacrificio, desde los días de Antón Cabrera y de su esposa Beatriz Heredia!

¡Qué conjunto tan elocuente de cosas se ha venido a formar en este día, para brindarlo a los jóvenes que en la fragua del patriotismo y en el yunque del trabajo constante, quieran templar su espíritu y prepararlo y fortalecerlo, para salir después a predicar *la buena nueva* de la instrucción y de la cultura, por esos pueblos de Dios!

Pensad, Normalistas. Pensad, compañeros Maestros, en el alcance de esta fiesta.

* * *

Erase el siglo XV, y érase una ciudad prepotente y grande.

Los reyes tuviéronla en largas temporadas por asiento; y cuantos con los reyes necesitaban consultar, también a la ciudad dirígían sus pasos.

Erase un navegante genovés o gallego, que para el caso importa igual. Era un hombre entendido en las *cartas de marear*, que

cuando vino a la ciudad excelsa en demanda de la regia protección para acometer una empresa de gigante, quedó prendido a una mujer por vínculos de amor. Y la ciudad residencia de la amada fué para él, amparo y estímulo y aliento, y desde el Alcazar de tal ciudad, señaló al navegante con su dedo, la Reina, un camino nuevo, cuyo término era incierto y del que solo se podía asegurar que comenzaba en el puerto de Palos de Moguer.

Y Córdoba, la ciudad de que hablo, albergadora de Colón, patria de su hijo Hernando, lugar quizá desde donde tuvieron la sanción deseada los proyectos del nauta insigne... Córdoba y sus vecinos ardieron desde entonces en deseos vivísimos de ir a poblar y a conquistar tierras ignotas, para dejar en ellas la cruz y el idioma de Castilla.

Y fueron... en toda expedición y en número que espanta. Quienes tienen un león por empresa de su escudo, no podían faltar a la cruzada del valor, a la gran epopeya de Indias.

Y con Cristóforo el Almirante marcharon *los Harana*, entre otros esforzados, y la fama de estos exploradores trascendió como un perfume que embriagó en el deseo de aventuras y de riquezas, a una legión de caballeros cordobeses.

Sus nombres quedaron incorporados a la historia del valor y de la intrepidez, que fué la historia de la expansión colonial de España.

En todas las páginas de ese libro de las heróicas y estupendas hazañas, los hallareis nombrados. Lo mismo en el Darien que en la Florida, que en el Perú, que en el Arauco, que en Nuevo Mexico, que en las Mo'ucas e Islas de la Especería.

En todo tiempo, en todo el vasto escenario del Continente Nuevo, está Córdoba representada, está Córdoba enaltecida, por la inteligencia de los Harana, como por la intrepidez de Sebastián Moyano; lo mismo por la cruz de Fray Juan Cabrera y de Fray Pedro de Angulo, dominicos de nuestro Convento de San Pablo, que por la generosidad de Antonio de Espejo. Igual por la valentía de Francisco Hernández de Córdoba, de Juan Tafur, de Luís de Cárdenas, de los Hoces, de los Rios, de Pedro Aguayo, de Lorenzo Figueroa y de mil más, que por la adnegación ejemplar y santa del maestro Juan de Torres.

¿Juan de Torres nombramos entre los cordobeses famosos en Indias? Pues él por sí solo bastará para que juzguemos del temple de una raza y de la gloria de una ciudad pródiga en hijos grandes.

Ya habeis oido contar la hazaña. Con el valiente, sufrido y discreto don Hernando Cortés, van en 1519 a la tercera expedición y conquista de Nueva España, seis bravos cordobeses: Luís de Cár-

denas, Diego de Cárcamo, Alonso de Armenta, Diego Godoy, Rodrigo Rangel y Juan de Torres ..

La misión que Cortés en Cempoala y conforme a sus altos planes políticos dió a Juan de Torres, también os es notoria.

Lo que quizá os pasó desapercibida fué la notable coincidencia:

El primer Capitán que hubo en las Indias Occidentales, fué un cordobés: Diego de Harana.

El primer religioso, varón apostólico a quien cupo la gloria de las primicias en la evangelización de aquellas gentes, cordobés fué también; tan santo como docto: Fray Pedro de Córdoba de la Orden dominicana.

El primer Maestro que enseña a los indios el idioma, como medio de instruirles después en las verdades de la fe, fué Juan de Torres.

La espada, la Cruz y la gramática de Nebrija, llevadas por cordobeses al mundo desconocido.... ¡Es Córdoba, es nuestra Córdoba, la amparadora de Colón, que participa preponderante en la rendición de los pueblos de allende el Océano!

* * *

Quiere la Unión Ibero Americana, y así lo ha expresado repetidas veces, que la fiesta de la raza no sea un nombre más, sin trascendencia, agregado al calendario de las fiestas civiles oficiales.

Junto a los cantos retóricos sobre el descubrimiento de Indias, junto a las evocaciones de héroes y de insignes hechos de armas, interesa mucho poner propósitos terminantes de trabazón y de intercambio económico, ya que la verdadera aproximación de los pueblos de habla castellana ha de cristalizar necesariamente en tratados de amistad y de comercio que ahora no existen.

Busca la Unión Ibero Americana los resultados de la fiesta de la raza, encaminándola (son palabras suyas) «a despertar en la infancia y a estimular en la juventud sentimientos de amor a la tradición, a la historia, a la raza, e incentivos de revivir la preponderancia que en la vida mundial ejercieron en gloriosos tiempos antepasados comunes.»

Por senda florida, por la florida senda de la afinidad intelectual hemos de marchar americanos y españoles, seguros de encontrarnos.

¿Qué otra cosa sino encuentros en ese camino son las manifestaciones de complasencia expresadas por Córdoba a Profesores y alumnos de Universidades de América, tantas cuantas veces nos visitaron?

¿Qué, sino encuentros en el camino de la cultura y de la civili-

zación, son los que prepara Sevilla, espléndida y rica, engalanándose para recibir a los hermanos americanos?

¿Qué significa el triunfo en periódicos y revistas de *ultra-maria* del estro poético de nuestro Blanco Belmonte?

¿Qué, sinó una muestra de aproximación, es en estos precisos instantes, el éxito lisonjero con que el nombre de Córdoba se dilata y llega a la República Argentina, en forma de cuadros magníficos de nuestro Julio Romero de Torres?

Maestros en toda ciencia y arte, que van y que vienen, que traen y que llevan la cultura, hasta dejar formada esa trabazón ideal a que todos aspiramos, a una y otra orilla del mar atlántico.

La colonia no puede ya quedar aflanzada a la vieja metrópolis con cadena ni con espada ni con leyes siquiera. El vínculo que aproxima y estrecha es intelectual, y de ello, Juan de Torres, ha sido el precursor.

Dejó de ser soldado, para ser maestro. Tronchó la espada, para abrir el libro. Abdicó de la fuerza, para ejercitar la inteligencia.

La guerra dura de las armas tornada en noble lucha de los intelectos.

¡Juan de Torres, tú eres el símbolo de la aproximación apetecida entre pueblos unidos desde tu tiempo, por el inquebrantable nexo del idioma!

Así ha sabido entenderlo la vieja Sociedad de los Amigos del País cordobeses, trayendo tu nombre para enaltecerlo, para perpetuarlo, como ejemplo vivo, a esta Escuela Normal, en donde esa lápida será libro abierto a los ojos de la juventud, de esta juventud predestinada a realizar obra de paz y de redención.

¡Normalistas! ¡Maestros de mañana y maestros de hoy! Mirad como la obra docente no se queda sin elogio; mirad como la tarea misericordiosa de enseñar al que no sabe, no se pierde en el vacío ni queda sin aplauso, aunque para ello sea preciso que transcurran 400 años, como acontece ahora con nuestro Juan de Torres.

* * *

¡Qué conjunto tan elocuente de cosas (vuelvo a decirlo) se ha venido a formar esta mañana.

Entre los muros de lo que fué lugar de abnegación (la de aquel matrimonio noble que convirtió en Hospital su casa solariega— esta casa en que estamos —e hizo de los pobres y de los enfermos objeto de sus cuidados personales y herederos de sus bienes cuantiosos...) Entre los muros—digo—de este que fué retablo de abnegación, hemos venido a honrar la memoria de un abnegado, para

que sirva de ejemplo a los que se disponen a profesar un oficio que exige las mayores abnegaciones, una misión que requiere sacrificios de todo género, sacrificios de la voluntad, de las aspiraciones, de los intereses, y ¡quién sabe si hasta de la propia vida!

Juan de Torres, conquistador y guerrero, con afanes tal vez de encontrar yacimientos de oro, movil común a los exploradores de Indias, va a Méjico con Cortés; pero basta la excitación de su capitán (de aquél capitán que supo poner ánimo y valor en los suyos, destruyendo las naves y con las naves la ocasión de retroceder) para que Juan de Torres renuncie a la conquista de la gloria o del botín, troncando en un raptó de amor a España aquel oficio de la guerra, para el que se necesitan los esfuerzos del odio, por este otro de la enseñanza, que es profesión de amor.

Cordobés y maestro como Séneca, y como Séneca estóico, serenamente acepta el sacrificio, y porque España lo quiere y porque Cortés se lo manda, Juan de Torres renuncia a la conquista y con la conquista a la gloria. Pierde la libertad, y jugándose la vida se despide de los hombres de su oficio y de su raza, y se inmola abnegado, quedando para siempre entre los indios para tornarlos por obra y gracia de su magisterio, en españoles y cristianoa.

Ese es vuestro caso, compañeros maestros.

Ese es vuestro modelo, amigos normalistas.

Porque ¿qué es en suma el maestro sino un hombre abnegado, que después de toda renunciación se encierra entre las cuatro paredes de su aula para moldear en cerebros vírgenes los balbuceos de un idioma y las ideas fundamentales de una religión?

Tal es lo que España os pide a vosotros: le que pidió Cortés a Juan de Torres en Cempoala.

Que renunciéis a la gloria inmediata; que os sacrificuéis hasta el heroísmo; que hagais hombres creyentes y ciudadanos instruidos, de los hijos rudos de los vecinos ignorantes e incultos, de las muchas Cempoalas que (con caciques y todo) aun quedan diseminadas por los rincones de la nación.

Sea Juan de Torres nuestro ejemplario.

¡Que la luz que rutila de su gesta gloriosa, alumbre nuestro camino, que es como el suyo, camino de abnegación.»

Cuando terminó su lectura el señor Rey, interpretó la orquesta un precioso intermedio musical que mereció grande aplausos.

Se concede la palabra al Sr. D. José Priego López, Inspector Jefe de - Primera Enseñanza de Córdoba -

En esta fiesta de la raza, que es la fiesta del Maestro cordobés, y puesto que Maestro quiere decir amor y sabiduría, y Córdoba, gloria y esperanza nuestra, fiesta del alma de nuestra ascendencia, virtudes y doctrina, fiesta del alma de la ciudad, memorias sacrosantas y anhelos infinitos; en esta fiesta de la raza del viejo solar nuestro, la voz del niño, que es de la raza aurora y renacer, cántico de triunfo de la vida, después de llenar el ámbito con el aroma de la Poesía y de regalarnos con las delicias musicales, la voz del niño quiere hablar.

De su torpe y gracioso decir, de su discurso desordenado y bullicioso, de su numen desenfadado y chispeante, quisiera yo expresar el fiel trasunto para que supiéramos las ansias de la raza que empieza a caminar por la historia y acertáramos a festejarla del modo que pide. Mas no es preciso, pues antes de que el niño hablara en este día de enaltecimiento ibérico, un hermano de patria, encendido de amores por los hijos de la ciudad madre, con gesto paternal, con ademán atrayente de mano protectora que guía la blanda caricia, se le acerca y lo enajena con el más grato de los convites a la más hermosa y seductora de las fiestas, «Niño, ven y juega» —ha pronunciado la voz amiga— para que en Córdoba la fiesta de la raza sea la fiesta de todos los días y la alegría corra como sustento abundoso de las generaciones que nos sucederán.

Esta alegría es la que hoy pide un mensajero que eleve gracias al Bienhechor y un medianero que abogue porque no venga la desilusión a apagar los destellos del regocijo. El deber, que impone cargas tan difíciles, me levanta, obediente al mandato infantil, el más inexorable y dulce, que los niños de Córdoba quieren agradecer, puesto que son bien nacidos, y quiere que lo suyo de ellos sea, puesto que son patriotas.

Canción lastimera, la de los devotos de los niños, que de su desamparo nos dolemos, no acudas hoy a mis labios... Alguna vez el alborozo del corazón había de comunicarse a los que escuchan, olvidando la monotonía y tristura de un lamento que en su tono envuelve tremendas acusaciones. Niños sin Escuela, niños sin Maestro, los niños sin la asistencia social de los auxilios espirituales que Dios nos manda prodigarles...; niños de las escuelas pavorosas, los reclusos en aposentos a donde no entran las espléndidas claridades, ni llegan las brisas que han cruzado en sus vuelos por entre

las galas de Flora, pronto, acaso, los anhelos de una solicitud redentora os abrirán las puertas de las mansiones risueñas del labo-
rar jubiloso; pero más pronto os señalarán la senda de un campo
donde habite la alegría misma, para vuestro recreo y ejercicio, pa-
ra salud de vuestras almas y vuestros cuerpos. El Campo de los ni-
ños... La alameda umbrosa, el espacio libre bañado de la lluvia
solar, el jardín que embriaga el sentido, todo eso es tuyo, niño de
Córdoba, y más tuyo que nuestro, porque tú eres la raza necesita-
da de la fortaleza que nos falta, y de las virtudes que perdimos, y
de los arrestos de que no somos capaces. Tuya la Escuela amiga,
acogedora riente, porque tienes un alma cuyas luces quiere Dios
que brillen rutilantes; más tuyo también el campo dilatado y los
arboles protectores y las flores deleitosas, porque tienes cuerpo de
tan soberana belleza como creación la más acabada del Escultor
del mundo.

Campo de los niños... Lugar de recreos que su vivir sazonan,
de ejercicios que fortalecen, de comunicación que hermana, de
fraternidad que une con lazos familiares, de evoluciones rítmicas
que tanto acompañan los movimientos como ordenan la evolución
de los más nobles impulsos del espíritu, que así adiestran el múscu-
lo como vigorizan la mente.

Campo de los niños... Con el hogar, el templo y la escuela, re-
cinto de alabanzas al Creador que nos dió con su semejanza el cau-
dal de la vida y el don de la salud; cátedra de morales enseñanzas,
que no hay súbdito más fiel a los mandatos rectos del espíritu que
el organismo robusto y disciplinado; curso de resistencias a las su-
gestiones avasalladoras de los vicios, pues que la ponderación de
las energías es el más firme baluarte contra las acechanzas del mal.

Campo de los niños... Refugio grato de los de hogar mísero,
puerto seguro de los que en medio de riesgos callejeros buscan las
expansiones, ámbito apacible regido por las sencillas normas de
una sociedad mejor.

Campo de los niños... Vuelta de los hombres al amor a la Na-
turaleza; a la devoción apagada, en el pecho de los extraviados,
por la obra del Soberano del Universo; a las fuentes y orígenes de
la vida sin artificio ni violencia.

Campo de los niños... ¿Gozarán los niños de sus delicias?

Salud de tu sangre, risa de tus labios, cántico de tu voz, reful-
gencia de tu mirada, agilidad de tus miembros, equilibrio de tus
humores, fortaleza de tu voluntad, dulzura de tu sentir, despeji-
de tu mente... tanta y tanta dádiva, desde la elevación de su digno-
dad, niño cordobés, te procura el que por tu crianza y educación
labora.

«Niño, ven y juega»—ha pronunciado la voz amiga.

Ahora, Córdoba dirá. Decida el amor a la infancia, si al disfrute y posesión de los niños se entrega lo que de los niños es, puesto que Córdoba es su patria, suya, suya, como nosotros, como todo de ellos.

No cometamos el pecado de matar las ilusiones de los que no pueden alentar más que en el reino venturoso de la ilusión; no vayamos a malograr el generoso y delicado intento del ilustre amigo de los niños que quiere llevar a su pueblo a la primera fila entre las ciudades devotísimas de la cultura de la infancia: por amor a los niños, por honor de Córdoba.

Plantemos en un jardín otro jardín; en medio de los claros del bosque centenario, la riente floresta de la niñez, abrileña. Jardín de los niños, porque no hay flores más lozanas, ni de más suave aroma, ni de más hechicera belleza, que los mismos niños. Nunca el jardín habrá sido más jardín que cuando lo invadan y pueblen los ámbitos del campo y sean sus flores.

Quieran los hados proteger a los niños de Córdoba; quieran los hados que todos los días Córdoba se alegre con la fiesta de la raza nueva de su viejo solar, y que el 12 de Octubre del año venidero nos congreguemos en el Campo de los niños para celebrarla allí, con el inusitado esplendor del júbilo de la infancia y el supremo designio de que nuestros hijos sean los hombres de Córdoba capaces de llevar en triunfo otra vez por todas las tierras el santo nombre de España.»

Con señaladas muestras de aprobación y muy sinceros aplausos correspondió el selecto auditorio a la lectura de la castiza prosa del Sr. Priego López, que fué felicidadísimo.

Un magnífico poema de Blanco Belmonte

Hasta el mismo día de la fiesta de la Raza, fué esperado en Córdoba el insigne poeta Marcos R. Blanco Belmonte, que en distintas ocasiones había prometido a los organizadores del homenaje a Juan de Torres, venir a presenciarlo y tal vez a leer su composición poética titulada «La Conquista del espíritu».

Ocupaciones de la cotidiana labor periodística que intensamente realiza en Madrid *nuestro poeta*, impidieronle asistir a la glorificación del compatriota, y por ello, el poema que había de ser declamado por su autor, fué recitado de manera magistral por el señor don Fernando Aguilar, presbítero beneficiado tenor de la Santa Iglesia Catedral.

Hé aquí la magnífica pieza poética:

LA CONQUISTA DEL ESPÍRITU

I

Rutilante, como el astro que en mitad de su carrera se levanta envuelto en llamas sobre el trono de la esfera donde impera deslumbrando y es monarca siendo sol, levantábase un prodigio en la cumbre de la Historia, y temblaban de entusiasmo los laureles de la gloria, y era un himno de epopeya exclamar: «¡Soy español!»

Por España y para España el rosal de la grandeza daba flores de milagro, de virtud y de nobleza, y en la sombra fulguraba una senda toda luz; por España y para España conquistábase un Imperio arrancado al Nazarita; y en la noche del misterio otro Imperio se cuajaba para asiento de la Cruz.

Español era Nebrija, el custodio del idioma; español el barco viejo que, cual bíblica paloma, lleva el ramo bendecido que es promesa y es afán, y español el caballero que, en arranque soberano, sobre el yunque de su genio—Ceriñola y Garellano— para España forja cetros en la fragua de un volcán.

Español el rudo esfuerzo que es asombro de Pavía, español el magno impulso que en España no cabía —cual no cabe en una torre el aliento del clarín;— español era el dominio de Sicilias y de Flandes, y hasta el cóndor, que se encrespa en la entrada de los Andes, si era libre alzando el vuelo, español era su fin.

Y el montante que en la lucha causó envidia al ígneo rayo, y el doblón de más quilates, que sin toque y sin ensayo arrebató al alquimista al martirio del crisol, y el orgullo generoso y el espíritu fecundo que la raza de Pelayo con su sangre dió a un mundo. Y ese mundo, y todo el orbe, por España... ¡fué español!

II

Abre un surco ¡el primer surco! en la mar inexplorada una flota aventurera que camina entusiasmada. ¡No hoy escollo en que se rompa la bravura del petrel!

cada vida es un torrente de ambición y de heroísmo,
cada nave un hervidero de locura y patriotismo...
y el péndón de España vela por la audacia del bajel.

Allá van los esforzados, los del alma diamantina,
los que buscan en lo ignoto una perla peregrina
vislumbrada en el delirio de fantástica ilusión...
Allá van los soñadores, allá van los paladines
cabalgando en la Quimera de arrogantes bergantines...
¡Allá van los que en el pecho enjaularon a un león!

En la fiebre de victoria todo báculo fué lanza
—flor de hierro, cuyo cáliz tiene lumbre de esperanza;—
con la fiebre de victoria va la noble intrepidez;
Alvarado y Escalante y Alaminos y Saucedo.
La virtud y la prudencia se acompasan con Olmedo,
y es el genio poderoso el caudillo: ¡Hernán Cortés!

Cual se rompe la negrura con el fuego de la aurora,
se rompieron los enigmas al empuje de una prora,
y el ensueño cobró vida transformado en realidad;
y una tierra que en dos mares su hermosura copia y baña,
un vergel que, por España, fué llamado Nueva España,
como Venus entre espuma reveló su majestad.

Y al saltar en el palenque de la playa descubierta,
en el alma de los bravos—en el alma siempre abierta
a la fe y a la ternura, a la paz y a la emoción,—
vibró firme y gigantesco un latido sacrosanto,
y el latido fué sollozo, y el sollozo se hizo llanto,
que cayó como bautismo y voló como oración.

III

Al avance de la hueste no hay frontera que resista,
son estrofas las etapas de la espléndida conquista;
no hay soldado que no lleve la constancia por broquel.
Y en la marcha triunfadora, esquivando la pelea,
la legión es el arado del Progreso y de la Idea
que rotura las campiñas de Tabasco y Cozumel.

Es la luz que centellante se difunde y se abre paso;
es la luz, la gran antorcha encendida en el ocaso
de los ídolos que mueren en la llama de esa luz,
Es la luz que golpe a golpe cava al ídolo la tumba
entre el ara que se rompe y el altar que se derrumba...
¡Es la luz del Evangelio emanando de la Cruz!



El «poeta de Córdoba» Marcos R. Blanco Belmonte,
que desde hace varios años labora, ensanchando la historia de su
ciudad, por la reparación debida a la memoria
de JUAN DE TORRES.

Hay un templo que es corona de la antigua Zempoala
—pesadilla de granito sin adornos y sin gala,—
y ese templo se reviste de hermosura singular;
por mandato del caudillo toda frente allí se inclina,
acatando el nuevo alcázar de la Estrella Matutina.
¡Y la Virgen halla trono! ¡Y la Fe tiene su hogar!

La legión, que nunca tiembla, se estremece vacilante;
hace falta para el templo un custodio vigilante
que a los indios adoctrine en la Santa Religión,
y les brinde la enseñanza del idioma castellano,
y, con alma de maestro, como padre y como hermano,
se resigne al sacrificio, derrochando abnegación.

¡Es la lucha sin la gloria que le sirve de acicate!
¡Es la muerte sin el lauro que se gana en el combate!
¡Es la sombra del olvido como premio a la virtud!...
Alvarado y Escalante y Alamino y Saucedo
están mudos. En los labios su mordaza pone el miedo.
¡No hay quien vuele hasta la cima de la egregia excelstitud!

IV

Ya resuenan los clarines, ya redoblan los tambores,
ya se agrupan en las filas los invictos luchadores;
en Oriente muestra el alba su sonrisa de arrebol...
Y al pasar ante aquel templo sin adornos y sin gala,
pesadilla de granito que corona a Zempoala,
«¡Yo me quedo!» dijo un hombre. Y en el cielo brilló el sol..

Era un hombre recio y firme, como acero bien templado,
era un roble que se llergue con el tronco acuchillado,
era un alma de poeta, que, soñando con la lid,
nunca teme a la amargura ni al peligro, ni al encierro,
porque sabe que a la Patria se engrandece en el destierro
cuando tiene el desterrado la grandeza de Mio Cid.

«¡Yo me quedo!—dijo el hombre.—Id vosotros a campaña,
y esta tierra, que en dos mares su hermosura copia y baña,
engarza a nuestra tierra para orgullo de Cortés;
y, al unir a vuestro nombre el prestigio de la hazaña,
nada importa que ignorado sufra y muera por España
el humilde Juan de Torres, español y cordobés.»

Baten marcha los tambores, suenan rancos los clarines,
y el latido fervoroso de los bravos paladines
vibra y vuela y se remonta como un águila caudal.

Desplegada la bandera, va la hueste por el llano,
y, enjugándose los ojos con el dorso de la mano,
quedó solo Juan Torres, paladín del Ideal.

¿Solo? ¡No! Con él alientan, cual simiente de heroísmo,
un volumen de Nebrija y un cristiano Catecismo,
y una reja y una espada que confunden su fulgor.
El soldado-misionero tiene un mundo por besana,
y aguardando la cosecha venturosa del mañana,
Juan de Torres se transforma en sublime sembrador.

V

A través de las centurias, cual un rayo que consuela,
luce el nombre del soldado que, en el templo y en la escuela,
con la vista en lo futuro fué modesto siendo audaz,
y, al sembrar el Evangelio en lenguaje castellano,
realizó la gran conquista del Imperio mejicano:
la conquista sin Otumba, ¡la conquista de la paz!

¡La conquista de la raza! La que lleva por cimiento
con la fe, que no se extingue, lo mejor del sentimiento:
la hermandad de la palabra, dulce imán del corazón...
A través de las centurias y a despecho de la Historia,
Juan de Torres resplandece por artista de una gloria:
de la gloria del lenguaje que es incienso y oración.

Por el rudo veterano, paladín de paladines,
se conserva nuestro idioma de otro mundo en los confines,
tremolando cual bandera de gentil fraternidad;
y al sonar del castellano los clarines y tambores
hay dos mundos que celebran el amor de los amores:
¡la conquista que el humilde realizó con su humildad!

Terminada la lectura del poema, pide la palabra el Sr. Secretario de la Escuela Normal de Maestros D. Manuel Blanco Cantarero, Profesor de Historia de aquella Escuela, quien da lectura a las siguientes cuartillas:

«Ilustrísimo señor, señoras y señores:

No es la primera vez, según aseguran personas que conocen al detalle la historia de los Amigos del País de Córdoba, que esta Es-

cuela Normal abre sus puertas a la prestigiosa Sociedad Económica, para que ella venga a celebrar sus fiestas a la casa donde se forman los educadores del mañana.

Pero hoy la Escuela Normal no puede limitarse a conceder albergue a la Económica para la realización de uno de sus proyectos patrióticos. Hoy la Escuela Normal, a cuyo Claustro tengo el honor de pertenecer y con cuya representación me honro grandemente en estos instantes, ha de mostrar su agradecimiento a los Amigos del País, por el giro que este año quisieron dar a la fiesta de la Raza, que es la fiesta anual en que a uno y otro lado de los mares atravesados por Colón, venciendo la distancia que los separa, se identifican en espíritu, españoles y americanos, hijos todos de una misma madre: de Castilla inmortal.

Ya hemos oído que entre la legión de cordobeses que se distinguieron en los orígenes de la Historia de España americana, hubo uno, Juan de Torres, que conquistó, no con la espada, sino con la inteligencia, arma puesta por Dios en el cerebro de los hombres, para que se defiendan en la lucha eterna que la vida significa; arma más poderosa que las armas de combate que emplearon los demás conquistadores de las Indias.

En memoria de ese cordobés, que con la inteligencia conquistó creyentes para la religión cristiana y súbditos para Castilla y para su idioma, se ha colocado esa lápida. Ella, en esta casa, o por mejor decir en esta aula, donde los normalistas se reúnen para estudiar la gloriosa Historia patria, será el mejor libro en que los futuros maestros aprendan la página más hermosa que ha escrito el primer maestro de escuela que vió América: nuestro paisano Juan de Torres.

El claustro de profesores de esta Normal está hoy de fiesta completa.

Junto a la satisfacción que experimenta por el acto que en ella se celebra, tiene que colocar el orgullo que siente al ver ocupada la presidencia por el ilustre cordobés don Manuel Enríquez Barrios, que desde la dirección general de Primera Enseñanza labora sin descanso hace unos meses por los asuntos escolares de Córdoba.

Ocasión memorable será para nosotros la de hoy, por haber asistido a la glorificación de un cordobés bajo la presidencia de otro ilustre cordobés, con cuya amistad y cariño tanto nos honramos todos.

El claustro me encarga os tribute un saludo respetuoso y entusiasta, Sr. Director General, nuestro jefe; y que os rinda un aplauso por vuestra iniciativa, señores miembros de la Económica, que hoy habéis querido fomentar la enseñanza, dotando a este esta-

blecimiento docente, de un instrumento pedagógico de valor inestimable.

Gracias, muchas gracias, en nombre de la Escuela y de sus normalistas.

He dicho.»

El Sr. Secretario de la Normal recibió señaladas muestras de aprobación a sus palabras por parte de los oyentes.

Seguidamente se procedió al reparto de los premios del Concurso Escolar organizado por la Sociedad Económica de Amigos del País en el mes de Febrero y celebrado en Junio.

El Secretario D. José Pérez Guerrero fué llamando a los alumnos premiados, que subían al estrado entre los aplausos del público y recogían sus diplomas y las libretas de la Caja de Ahorros que contenían los premios.

También se entregaron Diplomas de Honor a las tres Escuelas cuyos alumnos resultaron triunfantes.

**Habla elocuentemente el
Illmo. Sr. Director general
-: de Primera Enseñanza :-**

El Sr. Enríquez comienza diciendo:

«Felices nosotros que asistimos con el regocijo del espíritu a la Fiesta de la Raza.»

Hace luego gala de su florida oratoria con párrafos que conmueven profundamente a los que le escuchan.

Dice que la Fiesta de la Raza es el estímulo noble de todos los sentimientos patrióticos, y que cuando se celebran actos como este, España resurge y se engrandece.

Considera que si Colón fué la locura y la exaltación de la grandeza, Juan de Torres representaba el hombre sereno y reflexivo.

Añadió que el maestro cordobés Juan de Torres, que tenía el espíritu caballeresco del Gran Capitán y el genio de nuestros grandes poetas, encerraba dentro de su pecho ese algo misterioso que flota en el ambiente de la Córdoba de nuestros amores.

Continuó diciendo el Director general de Primera Enseñanza que las hazañas del primer maestro de Nueva España las habían cantado los oradores que le habían precedido en el uso de la palabra y que aún flotaban en el ambiente y estarían siempre en el recuerdo de todos.

Dijo que cuando Hernán Cortés llegó con el filo de la espada a las puertas del templo de Cempoala hacía falta el afianzamiento de la Conquista.

Era necesario apoderarse del corazón de los indígenas, y esa gloriosa empresa fué la que llevó a cabo el maestro cordobés, enseñándoles a creer en el Dios único y a rezar en nuestro idioma.

Elevado el espíritu sobre todas las demás cosas, queda siempre ese inmaterial tema, grandioso y perfecto, de la gloria de los pueblos que dieron vida a los que no tenían más que sombras en derredor. España fué el faro gigantesco que envió su luz a un Nuevo Mundo.

El poema silencioso y callado, de los hombres que lucharon en el mar desconocido contra la muerte y contra la duda, es el profundo poema que más tarde fué canto de resurrección, de vitalidad suprema y de fecundidad poderosa y creadora.

Los navegantes cumplieron un mandato divino. Ellos llevaron la palabra, el pensamiento y el sentimiento a los hombres hundidos en el atraso. Ellos le llevaron la grata nueva, el mensaje bendecido de la civilización.

Dice nuestro Blanco Belmonte en su poema «La conquista del espíritu» que cuando Juan de Torres vió partir las huestes de Cortés, a las que había pertenecido, sus ojos se empañaron de lágrimas.

Aquella lágrima fué una perla más para colocarla en la corona de nuestra ciudad.

Insiste en que es preciso hermanar las dos grandes familias españolas de ambos lados del Atlántico y hacer una Raza fuerte y sana de cuerpo y alma.

Sea ésta—continúa—la cruzada del Niño, y sea para él y por él. Que el niño pueda jugar y pueda alimentar su cuerpo y su espíritu con sanas enseñanzas; que coma y estudie, y para darle el soplo espiritual del saber y del amor a su Patria, hagamos en estas bases a los verdaderos maestros.

Hace falta—sigue diciendo—para que la obra germine, el esfuerzo del conquistador y el valor sereno del Maestro, y a esto aspiramos los que dedicamos nuestros desvelos a los asuntos de la infancia.

La admirable labor que en Nueva España realizó Juan de Torres, era la misión reservada a Córdoba en el Nuevo Mundo y que nosotros estamos obligados a continuar.

Termina el Director general de Primera Enseñanza su notable

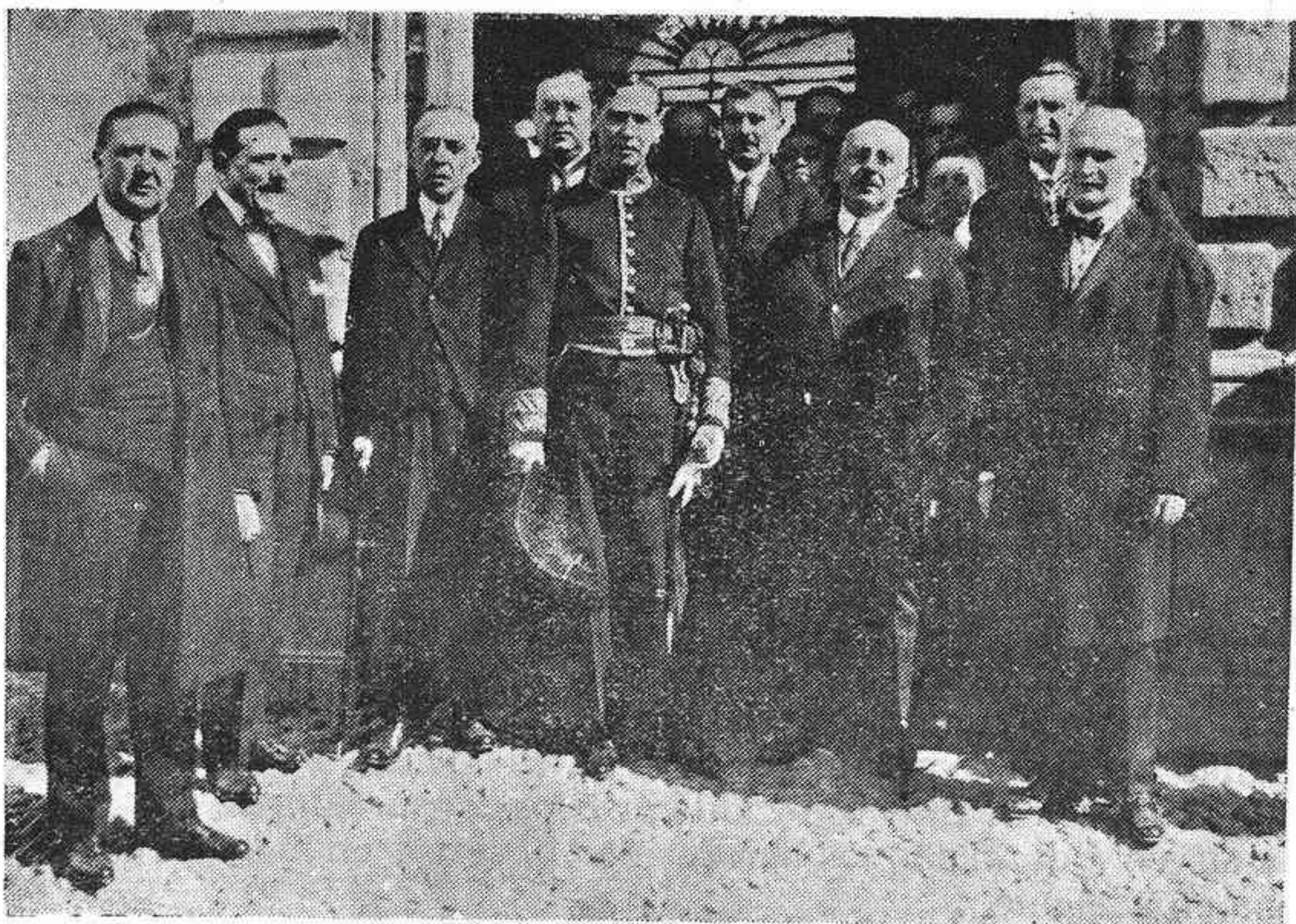
discurso diciendo que para dicha empresa el espíritu de Juan da Torres animará a todos los cordobeses.

Durante largo rato, el público, puesto en pie, aplaudió al señor Enríquez.

Cerca de las dos de la tarde, terminó la solemnidad patriótica que tan gratos recuerdos ha dejado en el ánimo del Magisterio cordobés.

Las autoridades y todos los concurrentes felicitaron de manera efusiva a la Junta Directiva de la Sociedad Económica, que de modo tan solemne ha sabido honrar a Córdoba con una iniciativa de tan alta significación.

La Real Sociedad, por su parte, vive cordialmente agradecida al esplendor que a esta fiesta han prestado Autoridades, Profesorado de la Normal, Maestros y Normalistas, y a todos promete que en años sucesivos esta solemnidad patriótica trascenderá al pueblo y tendrá carácter práctico y trascendental.



Las autoridades a su salida de la Normal, después de presidir la «Fiesta de la Raza»

BANCO CENTRAL

SUCURSAL DE CÓRDOBA

= GRAN CAPITÁN, NÚMERO 12 =

CAJA DE AHORROS

Este Banco tiene establecido un servicio de Caja de Ahorros, admitiendo imposiciones desde UNA peseta en adelante, abonando intereses a razón de CUATRO POR CIENTO ANUAL.

El régimen legal de la Caja de Ahorros va claramente consignado en la libreta que se entrega a los interesados al hacer la primera imposición. La práctica seguida desde la creación de la Caja es la siguiente: SE ADMITEN EN EL ACTO LAS ENTREGAS y se PAGAN LAS CANTIDADES QUE DESEEN RETIRAR LOS IMPONENTES.

El funcionamiento de nuestra CAJA DE AHORROS está inspirado en dos principios fundamentales. Primero: Dar facilidades a las personas previsoras para que puedan poner a cubierto sus economías. Segundo: Hacer que los modestos capitales formados, o en periodo de formación, confiados a nuestro cuidado, obtengan una prudente renta sin peligro ni contrariedades.

Horas de Caja: de 9 a 1 y de 3 a 4

LA MEZQUITA

Fábrica de Cerveza Alemana

LA FRIGORÍFICA CORDOBESA

Fábrica de Hielo artificial y Cámaras frigoríficas

Estas fábricas, montadas con arreglo a los modernos adelantos en la materia, se encuentran en plena producción, alcanzando tal grado de perfección los productos que elaboran, que compiten ventajosamente con todas sus similares, aún con los de más justa nombradía, siendo cada día mayor el éxito alcanzado entre los consumidores.

Se sirven a domicilio los barriles de Cerveza y en botellas desde una docena en adelante.

El Hielo, cuyo precio es de UNA PESETA la arroba, también se sirve a domicilio desde una arroba en adelante.

Calle Fray Luis de Granada, sin número

Teléfono núm. 462

PORRAS, VAÑO, GISBERT Y AÑÓN

FABRICAS DE HARINAS

SISTEMA BÜHLER

en **EL CARPIO** y **CÓRDOBA**

Producción diaria, 60 000 kilos. * Servicio de Harinas y Salvados a domicilio

CAMBIO DE TRIGOS POR HARINAS

Oficinas: GRAN CAPITÁN, núm. 36.

Teléfono núm. 569



Ebanistería

LA CORDOBESA, S. A.

==== CÓRDOBA ====

Talleres electro-Mecánicos

DE

CARPINTERIA Y EBANISTERIA EN GENERAL

Almacén de Maderas de Flandes y del País.—Chapas y Molduras

— **MADERAS FINAS** —

*Oficinas: Plaza de Colón, n.º 20
Talleres y Exposición: Carretera
- de la Estación de Cercadilla -*

TELÉFONOS, 185 Y 252

Construcción con esmero y prontitud

Rafael Navajas Luna

PINTOR

—*—

Abéjar, núm. 6.-Teléfono, 214

— **CÓRDOBA** —

GUERRA

SASTRE

Alfonso XII, 24

CÓRDOBA

CERÁMICA LUCENTINA

Lucena Hermanos, Jurado y C.^a

==== **LUCENA** ====

FABRICACION DE LADRILLOS HUECOS Y MACIZOS
por procedimientos mecánicos, con maquinaria de la Casa Bühler
Hermanos, de Suiza.—Producción anual 5.000.000 de piezas

FABRICACIÓN DE YESO.—Producción diaria 30.000 kilos

FÁBRICA DE CAL.—Producción diaria 5.000 kilos

Se hacen contratos especiales para el suministro de toda clase
de materiales para construcciones.

Depósito en Córdoba: Fábrica de Jabón "Santa María,, Ollerías sin rúm.

Escritorio: Calle Domingo Muñoz, número 4



CAFES

Manufacturas de dulces - Azúcares estuchados

Esta Casa que cuenta con la mayor producción e pañola en cafés tostados, tiene inmejorables condiciones para almacenistas y detallistas, tanto en clase de batalla como en :-: los tipos más selectos :-:

FRANCISCO F. CAPARROS

—+— CORDOBA —+—

Sombreros modelos de las mejores Casas de Paris

Margarita Fernández

MODAS DE PARIS

VICTORIANO RIVERA, 1 - CÓRDOBA



La Unión y el Fénix Español

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

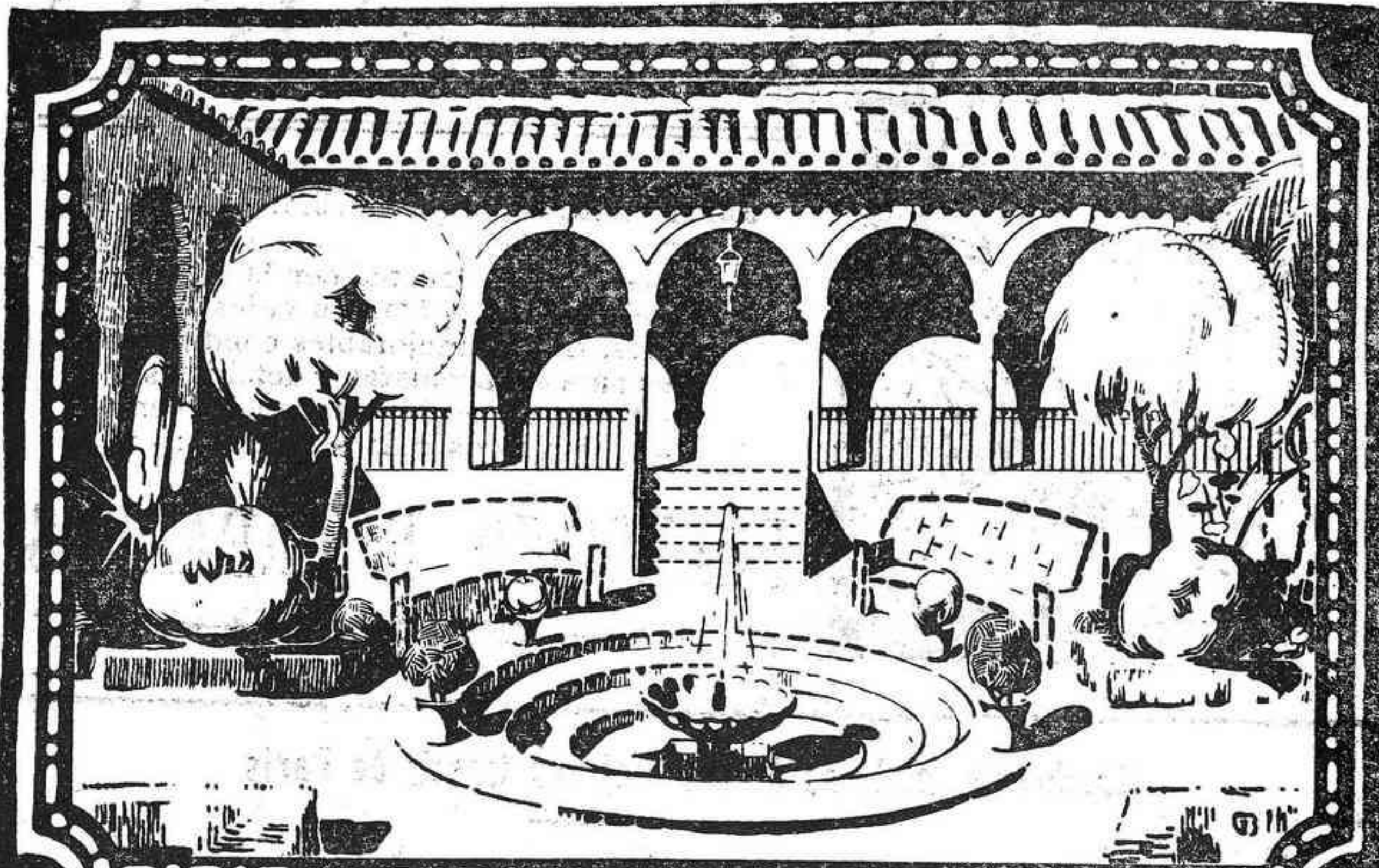
Capital social: 12 000.000 de Pesetas

Cincuenta y ocho años de existencia.—Representantes en todas las provincias de España, Francia, Portugal y Marruecos.

Seguros sobre la vida. — Seguros contra incendios. — Seguros de valores. — Seguros contra accidentes. — Seguros marítimos.

SUBDIRECCIÓN PARA CÓRDOBA Y SU PROVINCIA

Oficinas: Calle Claudio Marce'o, núm. 13.



CERAMICA y DECORACION
ANTONIO . C . JIMENEZ .
CORDOBA

GRANDIOSA EXPOSICIÓN

DE

Cerámica, Hierros Artísticos
y objetos para decoración

PLAZA DEL ESCUDO

La Mutual Latina

*Autorizada e inscrita el en Registro
del Ministerio de Fomento*

Funciona bajo la inspección directa del Estado español, con arreglo a la ley de 14 de Mayo de 1908, sobre inspección de Seguros y Reglamento dictado para su ejecución.

DOMICILIO SOCIAL:

GRAN CAPITÁN, 25.—CORDOBA

LA MUTUAL LATINA, aplicando a sus asociaciones los principios de la mutualidad, crea un capital a cada uno de sus socios y reintegra a los herederos o beneficiarios de los socios fallecidos, anualmente, mayor cantidad del importe de las cuotas que tuviesen pagadas.

LA MUTUAL LATINA tiene depositadas en el Banco de España 300.000 pesetas para responder a su gestión, conforme a la ley de 14 de Mayo de 1908.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

Centro Técnico Industrial

DE

PRODUCTOS QUIMICOS

Y FARMACÉUTICOS

Calle de María Crisina, n.º 4

CORDOBA

ESPECIALIDADES FARMACÉUTICAS

SUEROS Y VACUNAS

AGUAS MINERALES - ORTOPEDIA

PERFUMERIA - MATERIAL QUIRÚRGICO

Y FOTOGRAFICO

LA CASA QUE MAS BARATO VENDE

BODEGAS DE VINOS FINOS

DEL COSECHERO

LOPEZ DE LA MANZANARA

DESPACHO Y ESCRITORIO:

Calle de San Felipe, núms. 7 y 9.—CORDOBA

PEDID SIEMPRE

“El Gran Capitán,”

MORILES FINO

SANTA MARIA

FABRICA DE JABONES

Y

compra-venta de cereales

FABRICACION ESPECIAL
JABON BLANCO CASTILLA

Venta al por mayor
de arroz, alubias y exportación
de garbanzos

Almacenes: OLLERIAS, sin núm.

Escritorio: DOMINGO MUÑOZ, 4

CÓRDOBA

Casa Remington

■ ■ ■

MAQUINA PARA ESCRIBIR

ESCRIBE - SUMA - RESTA

■ ■ ■

Ventas a plazos y al contado

ACCESORIOS

ALFONSO XIII, NÚM. 6

CÓRDOBA

LA PALMA

Vda. e Hijo de Luis de la Torre y C.^a S. en C.

CONTINUADORES DE LA VIUDA DE J. CAPDEVILLE

Alfonso XIII, 26.—CORDOBA :-: Teléfono 300

Almacenes: Plaza de Colon, números 34 y 36 :-: Teléfono 171



Camas de hierro, doradas, niqueladas y de madera.—Somiers metálicos y de madera.—Gramófonos y discos ODEON—Muebles—Bicicletas —Máquinas para coser, bordar y hacer calceta, afeitador, escribir y calcular.—Aparatos y productos marca KODAK.—Grandioso Laboratorio Fotográfico con Taller de ampliaciones.—Escopetas y armas cortas.—Plata Meneses.—Relojería y cadenas de todas clases. Aparatos científicos.—Termos.—Rótulos esmaltados.—Colchones de crin, lana y miraguano.

Accesorios y piezas para todos los artículos :-: Ventas al contado y a plazos